

Cultura política mafiosa en Colombia

ÓSCAR MEJÍA QUINTANA

Doctor en filosofía. Profesor Titular de la Facultad de Derecho, Ciencias
Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Colombia
omejiaq@unal.edu.co

[Mafiosi political culture in Colombia]

PENSAMIENTO CRÍTICO EN COLOMBIA

Resumen

El presente artículo aborda la temática de la cultura mafiosa en Colombia. Sus ejes principales son, sustancialmente, que la cultura mafiosa se basa en una cultura política tradicional y carismática, y que al ser este tipo de cultura política predominante en Colombia, la mafiosa es parte constitutiva de nuestra identidad nacional. El escrito reconstruye las diferentes perspectivas, teóricas y empíricas que han intentado dar razón de esta cultura mafiosa en el país.

Palabras claves: cultura mafiosa, cultura política colombiana, élites, Estado mafioso.

Abstract

This article explores mafia culture in Colombia. The article main arguments are that this mafia culture is based upon a traditional and charismatic political culture, and if this kind of political culture is dominant in Colombia, mafia culture is constitutive of the Colombian national identity. The article examines the different perspectives that have tried to account for the mafia culture in Colombia.

Key words: mafia culture, Colombian political culture, elites, mafia state.

Introducción

La cultura mafiosa en Colombia es un fenómeno inocultable cuyo punto de inflexión se produce hace 20 años con el asesinato de Luis Carlos Galán a manos del cartel de Medellín y, si nos atenemos a las investigaciones en punta, con la complicidad de sectores políticos comprometidos ya con el narcotráfico. Lo cierto es que a partir de ese asesinato el fenómeno del narcotráfico, cuyos tentáculos ya habían penetrado amplios sectores de la vida nacional, en especial de sus regiones por la producción y el tráfico de la droga, se proyecta con fuerza y decisión sobre la vida social y política del país.

El hecho mismo de que la Constituyente de 1991 se convoque en el marco de una crisis sin precedentes, donde el Estado reconoce su impotencia para darle salida por los cauces institucionales y que la influencia del narcotráfico para prohibir la extradición se hubiera hecho evidente, ponen de presente que su influencia ya no era sólo clandestina sino que tenía la clara determinación de hacerse política.

Sin abordar los pormenores del proceso que desbordan la intención inicial de este escrito, lo cierto es que paralelamente ya venía consolidándose en Colombia una cultura mafiosa de la que empezaban a dar cuenta periodistas, cronistas, intelectuales y estetas. La cultura de la ostentación, de los bienes suntuarios, de las mujeres plásticas, del dinero fácil, se vuelve parte de nuestra cotidianidad y empieza a ser aceptada por sus élites dirigentes como un mal necesario, asumiendo paradójicamente muchos de estos desvalores como propios.

El dinero, no importa de dónde provenga, se vuelve el rasero de medición más que los méritos o los logros por esfuerzo propio. La narrativa y el cine empiezan a dar cuenta de ello de manera sistemática: los tiempos en que Macondo y el realismo mágico pretendían caracterizar la identidad colombiana empiezan a ser reemplazados por una narcocultura que inicialmente viene de la mano de clases y sectores emergentes, pero que bien pronto se filtra al conjunto de la sociedad.

León Valencia lo describía, entre jocosa y dramáticamente, así:

Aquí, en estas tierras ubérrimas, en este desbordado río de la imaginación, ha nacido el *narc-déco*. Hay un eco francés en esta corriente criolla; también acá su influencia trasciende las artes y se afina con una fuerza en la vida cotidiana. Pasa con fluidez de la literatura, la música y la arquitectura al cuerpo exuberante de las niñas de 15 años; se detiene juguetona en la pintura, avanza hacia la manera de vestir de los señores y descansa, por fin, en las salas de cine. Pero los franceses van a palidecer cuando se den cuenta de que sus “años locos”, su *belle époque* fue un juego de niños comparado con nuestro

estridente cambio de milenio, con nuestra era de carteles, “paras” y águilas. Van a ver que nuestro arte decorativo no se detuvo en los interiores de casas y edificios y, con gran audacia, se metió con el cuerpo y se propuso moldear senos y culos, cincelar caderas y muslos, corregir labios y respingar narices. (León Valencia, 2008)

El presente escrito busca explorar la relación entre la cultura política y la cultura mafiosa en Colombia, convencido de que el piso de la segunda se lo da la primera y que es, por tanto, imperativo evidenciar esos nexos. La cultura mafiosa encuentra un caldo de cultivo propicio en la cultura política colombiana que hoy en día podemos entender mejor que hace 20 años. De ahí el propósito de ofrecer los fundamentos epistemológicos desde los cuales abordar la problemática de la cultura mafiosa en Colombia, tratando precisamente de poner de relieve, más allá de los epifenómenos, los marcos conceptuales y categorías desde los cuales poder interpretar y explorar el problema en términos de cultura política.

Cultura mafiosa en Colombia

La cultura mafiosa en Colombia es un fenómeno inocultable. Se venía perfilando desde la década de los setenta a nivel nacional, si bien ya tenía antecedentes regionales tanto en la costa caribe como en el interior en el contrabando tan propio a las etnos de la primera, como en el negocio de las esmeraldas, en el altiplano cundiboyacense, particularmente. Ambas situaciones se verían más tarde catalizadas durante la bonanza de la marihuana tanto, de nuevo, en la región costera por la famosa marihuana de la Sierra Nevada, como en el altiplano, paso obligado de otra famosa variante cultivada en los llanos orientales.

Alfredo Molano daba esta lectura del fenómeno en sus orígenes:

En nuestro medio hay una herencia política que va de los chulavos y pájaros de los años 50, pasa por las bandas de esmeralderos y contrabandistas de los 60 y 70, y entrega su legado a los narcos, llamados mágicos —juego burlón con la palabra mafia—, que reinan hasta hoy y que ya compraron boleta “a futuro” bajo el nombre de “los emergentes”. Fue sin duda la aristocracia del país —blanca y rica— la que primero sintió, resintió y ridiculizó los síntomas externos de la mafia, su cultura extravagante, irrespetuosa, presuntuosa, que construía clubes sociales completos si le negaban la entrada a uno, que compraba los más lujosos carros, los más finos caballos de paso, las haciendas más linajudas, los jueces más rigurosos, los generales más amedallados, en fin, que se puso de ruana todos los valores de la autodenominada “gente bien”, que descubrió pronto, para su propia

fortuna, que era mejor asociarse a la mafia que luchar contra ella. Y así lo hizo. (Molano, 2008)

Ya entonces se apreciaban como expresiones exóticas en este provinciano país esas primeras manifestaciones de la cultura mafiosa que se distinguían por una ostentación de mal gusto rechazada por una sociedad todavía apegada a sus tradiciones y formalismos. Pero lo exótico fue dando paso a lo cuasi-evidente que, sin embargo, por esa misma pacotería de sus élites, se intentaba mimetizar con el remoquete casi divertido de los “mágicos”, haciendo alusión a que ya el dinero mal habido hacia aparecer de la noche a la mañana lo que se quisiera, aunque el Estado ya tenía claro, a través de la ventanilla siniestra del Banco de la República, cuanto podía ello favorecer a las todavía exiguas rentas nacionales (Kalmanovitz, 2003).

La represión contra la marihuana, que paradójicamente le abrió las puertas a la producción en Estados Unidos, ambienta lentamente la producción de cocaína, no sólo en Colombia sino en la región andina en general, e instaura una cadena que ha sido imposible de desmontar y cuya política de represión, en la periferia, se ha centrado en sus dos eslabones más débiles: la producción y el narcotráfico, sin realmente combatir el consumo, la distribución y la financiación en los países del centro. Imposible de combatir como el capitalismo mismo, pues cómo un negocio, legal o ilegal, que pueda tener un rendimiento del 6.000/100 puede desmontarse en una economía global de mercado? La droga terminaba siendo funcional al capitalismo mismo.

Pero el costo para Colombia, particularmente, por ser un país geográficamente clave para el procesamiento y tráfico de la droga en general ha tenido efectos devastadores. A finales de los ochenta, el narcotráfico comprende la importancia de extender sus tentáculos al interior del Estado y concibe una estrategia, podríamos decir simple, de penetración del Congreso. En ese momento ya era claro que en el Congreso existían sectores de parlamentarios con nexos con el narcotráfico y se bosquejaba la intención de los propios “capos” por acceder al congreso, sin duda para ampararse por la inmunidad parlamentaria que en ese entonces todavía imperaba en Colombia. Esta estrategia es detenida parcialmente en especial por la resistencia que representó entonces Luis Carlos Galán y el Nuevo Liberalismo y que le costaría la vida a Rodrigo Lara, ministro de Justicia del gobierno Betancur, y más tarde al mismo Galán, líder del movimiento.

Lo que sucede después consagra el trágico destino de Colombia. La influencia del narcotráfico se proyecta dentro de la Constituyente y logra

el mandato constitucional de la no extradición que había sido su bandera desde hacía años (“Preferimos una tumba en Colombia a una cárcel en Estados Unidos”). Pese a la aparente sumisión de Pablo Escobar, rápidamente la farsa de su sometimiento a la justicia queda al descubierto y la alianza del Estado para lograr su recaptura inicia, por la vía pragmática de “el fin justifica los medios”, lo que podríamos denominar la “colonización mafiosa del Estado” en dos sentidos: primero, por la alianza Estado-mafia que se concreta desde ese momento y, segundo, estrechamente ligado y paralelo, por la lucha que el narcotráfico desencadena contra la guerrilla en el campo, ambientando y concretando su alianza con las élites regionales, terratenientes y ganaderas particularmente, que en poco tiempo daría nacimiento al paramilitarismo en Colombia (Duncan, 2006:240-277).

La presencia de dineros calientes en la campaña triunfante de Samper Pizano en las elecciones de 1994 consagra definitivamente la estrategia de colonización concebida por el narcotráfico que ya entonces, gracias a las Convivir (cooperativas para la administración de justicia privada con uso legítimo de armas largas) y al apoyo e impulso institucional que reciben en la gobernación de Álvaro Uribe en Antioquia, estrecha lazos con el paramilitarismo en su lucha contra la guerrilla, creando así un poderoso dispositivo militar para oponérseles (Medina, 2008).

La fallida estrategia del gobierno Pastrana por concretar un proceso de paz con las Farc y la doble táctica de estos de fortalecerse a su sombra, se cataliza en dos direcciones: la necesidad del narcoparamilitarismo (ya entonces imposible de diferenciar claramente) de combatir a la guerrilla y, segundo, la urgencia de culminar el proceso de colonización del Estado que garantizara dos propósitos: primero, derrotar definitivamente a la guerrilla y, dos, garantizar un proceso de paz (léase impunidad) del narcotráfico y el paramilitarismo con la sociedad y el Estado.

La reconocida periodista María Elvira Samper daba cuenta de ello en los siguientes términos:

No obstante los ingentes esfuerzos para derrotarlo, el narcotráfico sigue vivo y coleando y no sólo demuestra una formidable capacidad de adaptación a los cambios en el mercado ilegal, sino que hasta ha llegado a negociar directamente con las instituciones a pesar de no tener motivaciones políticas. Una capacidad de transformación mucho mayor que la de las instituciones para entenderla y enfrentarla, lo cual plantea un gran desafío a las ofensivas del Estado y a las políticas antinarcóticas que han sido un fracaso, como ya nadie se atreve a negar. (Samper, 2008)

La pirámide mafiosa

En ese contexto y, en especial, a partir de la presidencia Uribe, cuya sospecha de que su campaña fue apoyada por el paramilitarismo –como varios de sus cabecillas lo han reconocido en las audiencias respectivas– nunca se han disipado plenamente y, adicionalmente, a la sombra del proceso de paz con el paramilitarismo que permitió mimetizar como tales a varios sectores de narcotraficantes, se generaliza en Colombia esta cultura mafiosa que, sin embargo, es un fenómeno que tiene varios niveles de expresión y que no se puede reducir solamente a la captura de un gobierno o, incluso, del Estado, sino que hunde sus raíces en lo más profundo de esa problemática identidad colombiana (Contreras, 20029).

El esquema que desarrollamos pretende dar cuenta de ello, utilizando esa figura tan determinante en nuestro medio como han sido las famosas “pirámides”, símbolo precisamente de esa economía cuasi-mafiosa que se consolidó en toda la geografía nacional, tratando de sugerir con la metáfora la base sociológica y político-cultural que esta posee, para denotar que no es sólo una expresión estructural o superestructural sino que envuelve enteramente nuestra realidad. Incluso una dimensión simbólica que gravita pesadamente en nuestro imaginario y que, en mi parecer, es hoy en día uno de los factores sustanciales de esta cultura mafiosa que se ha apoderado de nuestra sociedad.

Sociedad y cultura política dominante

Si nos vamos a los tipos sociológicos weberianos que más arriba hemos presentado, no cabe duda que el tipo dominante en Colombia es el de un híbrido tradicional-carismático. Colombia, un país donde se ha intentado introducir desde hace 50 años un proceso de modernización forzada que ya en la década de los treinta con la República Liberal había sido anticipada y que se frustra con el asesinato de Gaitán y el periodo de la Violencia que entonces se inaugura, no logra, pese a esta modernización desde arriba, alcanzar los mínimos de una modernidad plena (Jaramillo, 1994).

Pese a los procesos de “urbanización”, producto más del desplazamiento que de una consecuente política de ciudadanización, Colombia no supera la preeminencia en su cotidianidad de un tipo de legitimación tradicional-carismática donde la tradición y la figura del líder priman sobre la de un Estado de derecho neutro e imparcial (Palacios y Safford, 2002). Epifenomenicamente ello se evidencia en nuestra historia política con los “istmos” pululantes que han caracterizado a nuestros partidos políticos hasta el día de hoy: gaitanismo, santismo, galanismo, laureanismo, alvarismo, pastranismo, etc., hasta llegar al uribismo reinante de nuestros



días. Incluso la izquierda, que debería ser más moderna, mantiene esas divisiones que siguen dando cuenta de mentalidades tradicional-carismáticas que se inscriben en una tradición política específica pero se identifican en ella con la figura de un líder particular (López de la Roche, 1994).

Así que nuestra condición sociológica puede caracterizarse como de una “modernización sin modernidad”, a lo que se suma que los mínimos de la modernidad política, la tolerancia y el pluralismo, por supuesto, nunca lograron ambientarse en nuestro país, donde primó, muy propio a su carácter rural y si acaso semi-rural, la exclusión y la intolerancia, como se evidencia aún en nuestros días. Colombia es así un país de mucha ubre y poca urbe, y nuestras “ciudades” son más conglomerados urbanos, caóticos y desorganizados que ciudades concebidas a partir de planes de desarrollo urbano, una noción relativamente reciente en nuestro ordenamiento (Palacios, 1999).

De ahí que esa primacía de la tradición y el carisma sobre una legitimidad legal-racional que nunca logró consolidarse plenamente no haga extraño que, en consecuencia, prime también un tipo de cultura política súbdita y parroquial sobre una participativa en Colombia. A un tipo sociológico dominante tradicional-carismático corresponde necesariamente un tipo de cultura política súbdito-parroquial, frente a una cultura política participativa, crítica y ciudadana, que sólo en pequeños sectores

parece existir en Colombia. Todo ello propicia esa forma característica de nuestra relación política que es el clientelismo que, en sus expresiones más rudimentarias, no es sino una práctica mafiosa de asumir la política y la relación con los partidos y el Estado (Calvi, 2004).

Son esas relaciones de compadrazgo, en lo sustancial rurales y semi-rurales, las que dan lugar a la percepción de que el Estado es para ser usufructuado por los “vivos”, de que la política no persigue un ideal de bienestar general, ni siquiera de bien común que es un concepto tradicional, que más bien es la posibilidad de lucrarse en favor propio por debajo del orden legal y que para ello el camino adecuado es una actitud de complicidad, nunca de crítica o fiscalización, con el poder, lo que se pone de manifiesto con una cultura súbdito-parroquial como la colombiana. El caldo de cultivo de prácticas mafiosas más elaboradas está dado desde este nivel primario de la pirámide social.

Obviamente no es una relación causal que invariablemente se haya presentado y se presente en todas las situaciones análogas, pero si es de manera generalizada el fundamento social y el punto de partida de culturas mafiosas, que al no tener por encima de ellas constricciones institucionales fuertes que impongan un marco legal claro y contundente, en últimas a través de la violencia legítima de un Estado, terminan adoptando esta vía parainstitucional como alternativa a la carencia misma de aquel (Gayraud, 2007).

Mafia y prácticas mafiosas en Colombia

La cotidianidad rural y semi-rural colombiana que, adicionalmente, es la práctica diaria de los conglomerados urbanos que, en muchos casos, no alcanzan a ser ciudades ni a tener una conciencia ciudadana espontánea, salvo cuando es directamente garantizada por “órdenes respaldadas por amenazas”, esa mentalidad cuasitradicional que ya ha sufrido un proceso de horadamiento convirtiéndola en un híbrido malformado que deja de lado sus tradiciones vivas vinculantes rurales para asumir prácticas de sobrevivencia patológicas urbanas, constituye el origen de las prácticas mafiosas, tal como se observan en la mafia siciliana en Italia y en su posterior prolongación urbana en Estados Unidos (Mosca, 2003).

Así lo reconoce de nuevo Molano en sus escritos que dan cuenta de este piso sociológico:

La mafia, tanto la siciliana como la criolla, se ha hecho contra la ley, ha construido con sangre sus propios canales de ascenso al poder económico y político y, sobre todo, ha impregnado de su cultura –la del “no me dejo”, la del “soy el más vivo”, la del “todo vale huevo”– al resto del país, o para ser exactos al 84%. Es la cultura de la fuerza a la fuerza,

de la justicia por mano propia, de las recompensas por huellas digitales y memorias digitales, del “véndame o le compro a la viuda”, del “le corto la cara marica”, del “quite o lo quito”. Su escudo de armas: un corazón incendiario. Cuando [...] se dice que en el país predomina la cultura mafiosa, [se] hace una apreciación no sólo valerosa sino justa. Después de tomarse las juntas directivas y los directorios políticos, la mafia busca ahora imponer sus valores, normas y principios. Es decir, su cultura, más a las malas que a las buenas. (Molano, 2008)

La mafia italiana comienza siendo una mafia rural que establece una relación de sometimiento con sus protegidos, de corte gamonalista en la medida en que son expresión de una jerarquía patriarcal donde, adicionalmente, el más fuerte somete al débil pero que, al mismo tiempo, también le confiere protección (Dickie, 2007). Una relación de fuerza y violencia basada en unos códigos de honor y silencio (la Cosa Nostra) que ofrece una protección cautiva, no espontánea, por supuesto (Burin, 1995).

Estas características de la relación mafiosa que, en esencia, provienen de un marco social tradicional de orden jerárquico-patriarcal, tienen, adicionalmente, una ambientación muy especial en la eticidad hispana precisamente por rasgos propios de la misma (Gambetta, 2005). En efecto, varios componentes axiológicos de nuestro *ethos* favorecen una conversión a estos talantes mafiosos como ya ha sido evidenciados en varios estudios: el personalismo hispano que configura una peculiar modalidad de individualismo exacerbado que no se sujeta a reglas ni a normatividad, a diferencia del anglosajón, y que, por el contrario, sólo busca la satisfacción de sus expectativas sin tener en cuenta la colectividad ni el interés general (Yunis, 2003:103-138).

De aquí provienen otros rasgos análogos, que tienen su base en la eticidad hispana pero que el combinarse con condiciones político-jurídicas como las nuestras, de inexistencia de un Estado nación fuerte, rápidamente asumen desviaciones patológicas neurálgicas. Ante la inexistencia de un orden normativo consolidado y unas reglas claras, la acción social tradicional desencantada se retrotrae a la única fuente de seguridad ontológica: la familia. Se configura entonces un familismo amoral en la medida en que a la priorización de la familia con base del tejido social y de la acción colectiva, los imperativos de supervivencia ante un Estado débil desembocan en la prioridad de la familia a cualquier precio, incluso por debajo de las normas ético-morales de convivencia. El “todo por la familia” justifica entonces todo delito contra un interés general amorfo y difuso que cualquiera usufructúa para su provecho (Camacho, 2001:520-522).

De ahí esa cultura del atajo y del rebusque a cualquier precio que

termina siendo práctica y social en nuestro contexto y que incluso adquiere rango normativo en la *vox populi* colombiana. A cualquiera que se le pregunte en Colombia cual es el décimo primer mandamiento, contestará sonriendo: “No dar papaya”, lo que significa no ser cándido y dar la oportunidad para ser robado o para que se aprovechen de uno. Y si le preguntan, cuál es el decimosegundo mandamiento, contestarán: “A papaya dada, papaya partida”, es decir, que todo incauto que de la oportunidad de aprovecharse de él, o de toda situación que potencialmente pueda ser aprovechada, incluso contra la ley, debe ser explotada a favor del agente. Estas dos “máximas” que rigen la vida diaria de cualquier colombiano y frente a las cuales, como sujetos activos o pasivos, tenemos que ser conscientes, constituyen máximas de un código caníbal con las que los colombianos –y los extranjeros que vienen a Colombia– deben convivir a diario ante la ausencia de instituciones fuerte que obliguen al cumplimiento de la ley (Kalmanovitz, sf).

La conclusión, que puede refrendarse en estas múltiples prácticas, desde las más cotidianas hasta las de corrupción más elaboradas, ya sea en el sector público como en el privado, así como en toda la cultura política del clientelismo que posibilita la mediación del sistema político colombiano, es la de la evidencia de una cadena de prácticas mafiosas a todo lo ancho y largo de nuestra eticidad (Duncan, 2006:333-348). Cadena que se inicia con una legitimación sustancialmente rural, de carácter tradicional-carismático, en la base misma de la pirámide social, que sigue con un tipo de cultura política súbdito-parroquial catalizada por un personalismo hispano que no logra ser constreñido por una institucionalidad coercitiva fuerte y que, por tanto, se desvía hacia prácticas de clientelismo y corrupción generalizadas en el sistema político, así como una cultura del rebusque y el atajo aparejada con conductas y códigos caníbales del “todo vale”, configurando un *ethos* proclive a lo mafioso (Restrepo, 1994).

Autoritarismo, democracia restringida y élites

Obviamente esta proclividad a lo mafioso se da por varios factores adicionales: la ausencia de una institucionalidad constrictora, una disposición económico-política excluyente y discriminatoria, y la existencia de unas élites lumpezcas, a nivel regional particularmente, en Colombia (Jaramillo, 2004). Factores todos que coadyuvaron a configurar y consolidar una cultura mafiosa en Colombia y, posteriormente, ambientaron y prohicieron la colonización mafiosa del Estado que a través de eso que ha dado en llamarse la “parapolítica”, la “farcpolítica”, la “yidispolítica”, han constituido episodios que dan cuenta de esa terrible captura mafiosa del Estado que hemos tenido en Colombia.

El economista Garay da cuenta también, desde su perspectiva, de esta condición:

Lo primero es aceptar que en Colombia no sólo hay hechos aislados de corrupción. Aquí confluyen factores económicos, políticos, sociales y en algunos casos culturales, que cada vez más facilitan el aprovechamiento de intereses públicos por parte de intereses privados. De esta forma, la reconfiguración “cooptada” del Estado consiste en la acción de organizaciones legales e ilegales que mediante prácticas ilegítimas, no siempre ilegales, buscan modificar las instancias donde se toman decisiones públicas para cambiar las reglas del juego y de ahí obtener beneficios individuales y validar política, legal y socialmente sus intereses. A veces lo hacen a través de los resquicios en la norma con acciones que aunque legales en lo penal, son prácticas socialmente inaceptadas. Esto hace que se alteren los patrones morales de la sociedad. Cuando esto se generaliza, hace que el aprovechamiento de lo público trascienda de la corrupción a formas que involucran más aspectos de la sociedad [...]. Yo no creo que tengamos un Estado mafioso, como tampoco tenemos una sociedad mafiosa. Lo que hay son grupos de poder, algunos dominantes, que actúan con prácticas y criterios mafiosos para el beneficio propio, entendidos estos no sólo en lo económico, sino también en lo político y en lo social. Lo que lleva a que se esté reconfigurando un Estado con prácticas mafiosas. (Garay, 2008)

La ausencia de una institucionalidad constrictora tiene en nuestro contexto un subfactor sustancial: la debilidad del Estado nación colombiano y, en especial, de un mito de Estado nación que hubiera permitido consolidar una identidad nacional cohesionada (Yunis, 2003). La identidad nacional colombiana nunca correspondió a la de una “comunidad imaginada”, que por supuesto supone un proyecto de Estado nación concertado consensualmente y legitimado democráticamente (Pecault, 2003).

Por el contrario, lo que se dio, tanto en nuestra vida republicana previa como desde 1886, fue la imposición por parte de los vencedores correspondientes de visiones de sociedad de las cuales, finalmente, se impone la de la Regeneración con la Constitución de Núñez. Ello significó la derrota de proyecto liberal de 1863 y la posibilidad de que la fracturada –básicamente por su geografía que hacia inviable una unidad nacional territorial– sociedad colombiana pudiera nuclearse alrededor de un ideal de modernidad: lo que se da es, en últimas, la imposición de un proyecto terrateniente de nación, aglutinado alrededor de los valores propios de

una sociedad tradicional: la religión, los valores católicos, el autoritarismo de la autoridad no concertada, la intolerancia a la diferencia, el rechazo al pluralismo (Palacios, 2001).

Tal fue la “comunidad imaginada” que se impuso en Colombia desde el siglo XIX y que la República Liberal de 1930 a 1945, pese a su intención, apenas altera, al desatarse esa reacción tradicional –alentada por la Iglesia y el Partido Conservador– que, a través de la violencia institucional, mantiene la inercia autoritaria que más tarde convalida la dictadura de Rojas Pinilla y que, posteriormente, el bipartidismo consagra a favor de una alianza de partidos que conciliaba su lucha al precio se cerrar el sistema político a nuevas fuerzas sociales e ideológicas.

De ahí que no sea extraño que la identidad colombiana (López, 2008:7-26), pese a la Constitución de 1991 –el proyecto democrático-social de mayor envergadura en la historia del país–, prefiera apostarle todavía al autoritarismo (Orjuela, 2005). “Los esclavos votan por las cadenas” reza el adagio y, en consonancia, la identidad colombiana se inclina espontáneamente por la autoridad antes que por la democracia, si bien es una autoridad desvirtuada, de favoritismo y sustracciones, de componendas y regateos turbios, de clientelas y clientelismos, pues no de otra manera sino a través de dádivas se logra mantener tal imposición: es decir, una autoridad mafiosa (Leal Buitrago, 1984).

Si esta pseudoidentidad nacional, en últimas impuesta y hegemónica pero imperante, prefigura nuestro imaginario social nacional hacia la tradición y la autoridad y, a través de ello, hacia el autoritarismo, y las formas mafiosas de relacionamiento, la disposición económico-política que le corresponde no podría ser otra que un capitalismo dependiente y una democracia restringida (Urrego, 2004). En especial la segunda, como forma de articulación política de la sociedad, excluyente y discriminatoria, que obviamente termina teniendo en el clientelismo y la corrupción sus poleas de transmisión y de amarre para lograr la lealtad de determinados sectores, que son los que le dan su base de legitimidad política (Palacios, 2003).

El fenómeno de la corrupción en Colombia es inconcebible y se ha acentuado en el último gobierno. Los estudios señalan que por lo menos 4 billones de pesos se han perdido por estas conductas, que no son, de nuevo, más que prácticas mafiosas al interior y en relación con el Estado (*Revista Cambio*, 2009). Pero ya esas poleas de transmisión sobre las que se vehiculiza la corrupción son, en esencia, formas consolidadas de cultura mafiosa a nivel político que por supuesto ambientaban la captura y colonización del Estado por parte de la mafia en Colombia (Kalmanovitz, 2003). Así lo conceptúa otro reconocido comentarista:

[...] a la política en Colombia se la tomaron en los últimos años

dos fenómenos que la tienen en cuidados intensivos. De un lado, el caudillismo del presidente Uribe, que eclipsó cualquier debate distinto al impuesto por su imagen de líder providencial, y del otro, la ascensión de unas nuevas élites mafiosas sustentadas en el temible poder narcoparamilitar que se fueron asentando hasta lograr un poder político que hoy la Corte Suprema de Justicia con sus importantes y decisivas investigaciones está intentando develar ante el país. Al caudillismo providencial de Uribe llegamos por cuenta de la intransigencia de las Farc, que es el peor enemigo de la política, y a la consolidación de estas élites mafiosas, que en algún momento fueron contrainsurgentes, llegamos por cuenta de esa ética laxa que ha hecho de estas mafias narcotraficantes el mal menor que hay que asumir en la lucha contra la subversión [...]. De esas alianzas bipartidistas que consolidaron el cacicazgo tradicional pasamos hace unos años al surgimiento de estas nuevas élites mafiosas que han utilizado a la política regional para acceder al Congreso y, por ende, al poder y al presupuesto. El problema se agrava aún más cuando estas élites mafiosas y el poder caudillista coinciden en un punto: en su desprecio por los derechos y los principios democráticos que están suscritos y consagrados en la Constitución de 1991. Mientras el presidente quiere acabarla porque no permite su reelección, a las nuevas élites mafiosas les molesta su talante garantista con las poblaciones que ellos han sometido y desplazado en su pelea por la tierra. (Duzán, 2008)

De esta manera, la democracia restringida alienta las formas mafiosas en la medida en que si, por un lado, amarra la legitimidad de determinados sectores a dádivas que incentiva el clientelismo, por el otro, para los sectores no comprometidos estimula igualmente prácticas de rebusque y corrupción como única forma de supervivencia (Leal Buitrago, 2003). En ambas direcciones se estimula una cultura mafiosa que no respeta el Estado de derecho ni las reglas y procedimientos formales, tanto por el lado de quienes directamente se benefician como por el de quienes se ven desfavorecidos, que simplemente van a pretender reemplazar a los privilegiados en las mismas prácticas. Al final, unos y otros terminan convalidando una misma cultura mafiosa.

Pero detrás de esto hay un sujeto social pasivo sobre el que recae, indirectamente al comienzo y directamente al final, la responsabilidad de este proceso: la existencia de unas élites, en especial las regionales, que nunca estuvieron a la altura de su papel histórico, unas élites lumpezas, parafraseando la categoría de André Gunder Frank de “lumpenburguesía”, que por su carácter dependiente nunca logró consolidar un mercado y un

sistema político que garantizara un mínimo de desarrollo equitativo y un régimen, por lo menos liberal, que cumpliera con el precepto formal de iguales oportunidades para todos (Gunder Frank, 1969). Por el contrario, toda la estructura económico-política se concibió para ser usufructuada casi exclusivamente por ellas, sin permitir la más mínima movilidad social entre las clases, lo que posibilitó que el narcotráfico se convirtiera para muchas capas de la población en un medio de ascenso social que les permitió acceder a donde jamás les habían permitido llegar (Estrada, 2004).

Esa evidencia, aunque se quiera ocultar y no sea de buen recibo en las altas y medias esferas, porque a nivel popular se lo sabe y se lo defiende, incluso con la complicidad de muchos sectores académicos que incentivaron su invisibilidad y que con su silencio y desconocimiento voluntario terminaron convalidando toda esta problemática, ya es inocultable en la sociedad colombiana que, además, no sólo la tolera sino la justifica y la apoya indirectamente al aceptar sin recato ni escrúpulos la corrupción que a nivel tanto del ejecutivo como del legislativo se sigue presentando (Garay, 2002).

Desde hace años, en Colombia, se impuso la cultura de la mafia, que, entre otros defectos, estableció parámetros del mal gusto y paradigmas de comportamiento chabacano y ordinario, que muchos pobladores, en su alienación, ven como virtudes. Nada raro es rendirle pleitesía al que dispara (y no sólo al aire), al que escucha en sus camionetas polarizadas música (?) a alto volumen. Al que con su cuatrimoto de vereda hace arrojar a un lado a los viandantes. Estamos llenos de arribistas y “carrangas resucitadas”. En el ejercicio de la política (o politiquería) valen más los corruptos. Son dignos de admiración y respeto. Y de alguna condecoración oficial o nombramiento diplomático. Mejor dicho, como en un tango, estos tiempos son un “despliegue de maldad insolente”. ¡Cuánto daño nos ha hecho tal cultura! Penetró todos los estamentos sociales y casi se ha vuelto una “política pública”. (Spitaletta, 2008)

De ahí las honduras de este fenómeno en Colombia. Tanto desde abajo, con formas tradicional-carismáticas que la propiciaban; como desde arriba, con una unas élites lumpezcas que jamás lograron consolidar un proyecto nacional y una institucionalidad democráticas y fuertes, la cultura mafiosa ha tenido en Colombia un caldo de cultivo ideal para reproducirse (Pizarro Leongómez, 2004). De ahí que hasta las propias clases “altas” hayan caído en la tentación de lo mafioso, como bien lo ha sabido ver un educador de primer orden:

Maestros y directivos de colegios privados de estratos altos de diferentes ciudades del país comentan con preocupación lo que viene

ocurriendo en ese segmento privilegiado de la educación [...]. Una maestra con mucha experiencia me decía que le sorprendía un proceso que ella llamaba “la traquetización de los ricos”, que se manifiesta en las actitudes agresivas y prepotentes de los estudiantes [...]. Comportamientos de muy mal gusto fueron introducidos por los narcotraficantes [...]. Compraron fincas, hicieron edificios espantosos, construyeron casas enormes, inventaron zoológicos, fabricaron reinas y modelos [...]. Con ingenuidad creí que las segundas generaciones, educadas en los mejores colegios privados y en universidades extranjeras, terminarían por mimetizarse bajo el ropaje de modales y comportamientos sociales más refinados y decentes, y se convertirían en un par de décadas en empresarios discretos. Pero ocurrió lo inesperado: muchos ricos cuyos bienes eran incuestionables asumieron los comportamientos y gustos de los “traquetos”. La discreción con que las familias tradicionales habían llevado su riqueza dio paso al exhibicionismo propio de los nuevos ricos. [...] Muchas adolescentes aspiran a su primera lipoescultura o a sus implantes de silicona, porque sus madres ya lo han hecho emulando la belleza que fabricaron las fortunas rápidas en las muchachitas que, siendo las queridas de los narcos, aspiraban también a ser modelos o reinas. En algunos de estos colegios se hizo necesario organizar parqueaderos para las burbujas de los guardaespaldas de los alumnos que, al igual que sus padres, sienten que circular rodeados de personal armado es gran símbolo de poder. Lo malo es que estos niños son las víctimas de unos patrones sociales perversos, sostenidos y profesados como normales por sus padres que, sin duda, detentan buenas cuotas de poder en la sociedad. Y, más tarde, pero mucho más pronto de lo que quisiéramos, heredarán esa tajada del ponqué repitiendo y agrandando su prepotencia y convirtiéndose en victimarios. (Cajiao, 2008)

Pero unas élites sin identidad, sin un mito de Estado nación fuerte, que desde siempre negó sus raíces indígenas y afrodescendientes, que incluso negaba su piel y el color de su pelo y trataba de “blanquearse” por todos los medios cuando su origen no era “puro”, siendo como somos todos mestizos hibridizados, no es de extrañar pues que unas élites tan débiles culturalmente, acomplejadas de sí mismas, sucumbieran fácilmente a lo único tangible que habían aprendido a “cultivar”: el dinero fácil, los bienes suntuarios, el lujo desmedido. De ahí que cayeran fácilmente en la trampa de la cultura mafiosa que ellas mismas habían propiciado con su usufructo y discriminación descomedidos.

La presencia de lo mafioso no sólo en la realidad sino en el imaginario colombiano es de una contundencia inocultable. Sus prácticas cotidianas,

sus referentes simbólicos, su imaginario social, su identidad nacional gravitan y se define desde la cultura mafiosa y el culto a lo mafioso que las grandes mayorías ya reivindican sin remordimientos. No es sino oír a las audiencias, en su lenguaje de intolerancia y discriminación, defendiendo la exclusión de las minorías que no se atienen a sus parámetros de vida, alentando una violencia ciega contra aquellas mientras a sí mismas se autoproclaman, a la luz de los ejemplos carismáticos, portadoras de la verdad de la “patria”. Verdad mafiosa, por supuesto, del “todo vale” por encima de cualquiera y de la misma institucionalidad.

Así lo recoge María Elvira Bonilla con justificado pesimismo:

El narcotráfico sigue vivo y coleando, imparable fuerza económica con su máquina de lavar dólares, que corrompe la política, las instituciones del Estado y sus aparatos represivo y de justicia; intacto en su capacidad para prostituir toda expresión de cultura, impone la narcoestética en la moda, la arquitectura, la decoración; construye los nuevos estereotipos, referencias e imaginarios sociales. Se instaló definitivamente en el alma colombiana. Los mafiosos, hijos de la ilegalidad y su carga de antivalores, poco a poco dejan de ser objeto de censura o cuestionamiento. Se toleran silenciosamente, complacientemente como grandes consumidores de artículos de lujo. Amos y señores de los centros comerciales, restaurantes y la clase ejecutiva de los aviones comerciales. Camuflados [...] detrás de anteojos oscuros, del brazo de mujeres envueltas en diminutas minifaldas, vulgaridad de escotes y descaderados. El capo como referencia de comportamiento social, con toda su rudeza y arbitrariedad, además de galán de telenovela, es comprador de corazones de reinas, modelitos y chicas de farándula [...]. Son los nuevos ricos de la época, la clase emergente a la que hacía referencia el presidente Julio César Turbay hace ya 30 años, cuando vaticinó que sus miembros serían los nuevos protagonistas de la vida del país, hoy legitimados por la pantalla televisiva, dispensadora del éxito y la aceptación social. La historia trágica del país, con sus muertos y su dolor, su desmoronamiento institucional, va camino a quedar enterrada y olvidada por la extravagancia y la vulgaridad de las tetas y las colas que estimulan cada noche a machos elementales, en la oscuridad de las alcobas tanto de los distinguidos como de los populares hogares de colombianos. (Bonilla, 2009)

Conclusión

El presente escrito buscó explorar la relación entre la cultura política y la cultura mafiosa en Colombia, convencido de que el piso de la segunda

se lo da la primera y que es, por tanto, imperativo evidenciar esos nexos. En esa dirección, como lo advertimos al inicio, quisimos en la primera parte explicitar los fundamentos epistemológicos que nos permiten plantear una caracterización de la cultura política en Colombia para, a partir de sus categorías básicas y constitutivas, intentar en la segunda una interpretación de la cultura mafiosa que de cuenta de la misma en Colombia y del estrecho nexo existente entre ambas dimensiones.

Básicamente, ayudándonos de fuentes periodísticas que son las que han querido dar cuenta de la cotidianidad de la situación, mostramos esa pirámide de prácticas mafiosas que en Colombia ha terminado por consolidarse. Pirámide que en los últimos años y a la sombra de un gobierno que estos sectores emergentes consideraron casi propio, se afianzó en el país socialmente (económicamente ya lo estaba) e inició un proceso de colonización del Estado, a través del poder legislativo y el ejecutivo, del que todavía está por investigarse académicamente su definitiva incidencia.

Las investigaciones judiciales de la parapolítica dan cuenta de la contaminación alcanzada en los poderes regionales y en el legislativo, pero aún no llegan plenamente a desentrañar sus tentáculos a nivel ejecutivo, si bien todos los indicios (las interceptaciones ilegales a la Corte Suprema de Justicia y miembros de los partidos de oposición, entre otros, así como los crímenes de lesa humanidad de los militares mal llamados “falsos positivos” contra la población civil) permiten adivinar cual es la base de esa punta del iceberg que apenas estamos observando. Pero las proyecciones al día de hoy no pueden ser menos que pesimistas sobre el poder y la institucionalización de la mafia en Colombia.

Varias conclusiones pueden inferirse de esta reconstrucción. La cultura política colombiana, en su base y sus prácticas cotidianas, es en lo sustancial lo que se denomina súbdito-parroquial, fundada en sentimientos tradicionales y carismáticos. Ese es el caldo de cultivo de prácticas mafiosas, catalizadas por la ausencia histórica de una institucionalidad fuerte, un mercado democratizado y un imaginario nacional proyectivo. Prácticas mafiosas que se expresan en la cultura del atajo y los reconocidos “decimoprimeros” y “decimosegundos mandamientos colombianos”: “No dar papaya” y “A papaya dada, papaya partida”. Esa es la evidencia cotidiana de una cultura mafiosa, tanto de los que la usufructúan como de quienes nos tenemos que defender de ello.

Sin duda, la muerte de Galán fue el triunfo de la mafia en Colombia, como punto de inflexión histórica. Lo narco se tomó la región, después se tomó los gobiernos locales, se unió al paramilitarismo en su lucha contra la guerrilla, colonizó el Congreso y finalmente capturo porciones del gobierno y, a través del él, del Estado en Colombia. Pero esa es una realidad

frente a la cual, como el avestruz, hemos preferido hundir la cabeza para no ver lo que está sucediendo. Lo cierto es que el número de funcionarios públicos y parlamentarios investigados, judicializados y condenados es de por sí la punta del iceberg de un fenómeno cuya magnitud la sociedad colombiana no ha querido reconocer por complacencia, por complicidad o por miedo.

Además, los tiempos en que el débil imaginario nacional gravitaba en torno a los triunfos de los ciclistas (los “escarabajos” nos decían) o al café o, en los setenta, al Macondo y el realismo mágico de García Márquez han muerto. Desde hace 20 años el referente principal, en términos de la conciencia de identidad que se mide en el cine, el arte, la narrativa, las telenovelas, la música (los “corrillos prohibidos”, por ejemplo) pasa por la cultura mafiosa. Referente que las viejas generaciones todavía podían ver críticamente, pero que para las nuevas se constituye en símbolo de identificación social, adoptando su hablado, su vestir, sus valores ostentosos, su desprecio a la diferencia y las minorías, su exaltación de lo rural, de los caballos, de lo burdo, del irrespeto al Estado de derecho.

Finalmente habría que recabar en la razón de que lo narco se venda en los medios. Son varias razones: primero, porque lo narco es el espejo de esta sociedad y uno tiene la necesidad de mirarse al espejo para reconocerse y para retocarse. Segundo, porque hoy por hoy es uno de los referentes más emblemáticos de nuestra nacionalidad: al colombiano promedio le gusta autoperibirse como el “duro”, el que “todo lo puede”, para el que “todo vale”, es decir, como un mafioso. Y, tercero, porque ¿a quién no le gusta verse retratado en los medios?

En esto la cultura del espectáculo no está midiendo responsablemente el rol social y simbólico que está jugando, no como denunciante de esta realidad, sino, involuntariamente, como apologeta y catalizadora, en términos de identidad nacional, de una identidad mafiosa del colombiano, hoy más que nunca apuntalada por la colonización mafiosa del gobierno y el Estado en Colombia.

Bibliografía

- Bonilla, María Elvira. “Alma mafiosa” en *El Espectador*, Bogotá, octubre 5 de 2009.
- Burin, Philippe. *Cultures Mafieuses: l'Exemple Colombien*, París, Stock, 1995.
- Cajiao, Francisco. “La traquetización de los ricos” en *El Tiempo*, Bogotá, diciembre 9 de 2008.
- Calvi, Fabrizio. *El misterio de la mafia*, Madrid, Editorial Gedisa, 2004, pp. 59-77.
- Camacho, Álvaro. “Mesa redonda: perspectiva sobre el desarrollo económico” en *Desarrollo económico y social en Colombia*, Bogotá, Editorial Unibiblos, 2001, pp. 520-522.

- Contreras, Joseph. "El candidato de los paras" en *El señor de las sombras*, Bogotá, Oveja Negra, 2002, pp. 111-150.
- Dickie, John. "La mafia se establece en Estados Unidos (1900-1914)" en *Cosa Nostra: historia de la mafia siciliana*, Barcelona, Random House Mondadori, 2007, pp. 221-240.
- Duncan, Gustavo. *Los señores de la guerra*, Bogotá, Planeta, 2006, pp. 240-277.
- Duzán, María Jimena. "Las lecciones de Obama" en *Revista Semana*, Bogotá, noviembre 10 de 2008.
- Estrada, Jairo. "Las instituciones del modelo neoliberal" en *Construcción del modelo neoliberal en Colombia*, Bogotá, Aura, 2004, pp. 141-202.
- "Capitalismo criminal: tendencias de acumulación y estructuración del régimen político" en *Capitalismo criminal*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2008, pp. 63-78.
- Gambetta, Diego. *La mafia siciliana*, México, FCE, 2005.
- Garay, Luis Jorge (coord.). "Construcción de lo público y ciudadanía" en *Repensar a Colombia*, Bogotá, PNUD, 2002, pp. 67-130.
- Gayraud, Jean Francois. "La expansión, el objetivo y las armas" en *El G-9 de las mafias organizadas*, Madrid, Tendencias Editoras, 2007, pp. 67-76, 247-263.
- Gunder Frank, Andre. "Neoimperialismo y neodependencia" en *Lumpenburguesía: Lumpendesarrollo*, Santiago de Chile, Ediciones AG.F., 1969, pp. 89-130.
- Gutiérrez Girardot, Rafael. "La cultura de viñeta" en AAVV, *Manual de historia de Colombia* (T. III), Bogotá, Colcultura, 1980, pp. 447-452.
- Jaramillo, Rubén. *Colombia: la modernidad postergada*, Bogotá, Temis, 1994, pp. 3-70.
- "Sobre autoritarismo, docencia y el estado precario de la modernidad en Colombia" en *Problemática actual de la democracia*, Bogotá, Ibáñez, 2004, pp. 139-174.
- Jaramillo Uribe, Jaime. "Algunos aspectos de la personalidad histórica de Colombia" en *La personalidad histórica de Colombia y otros ensayos*, Bogotá, Biblioteca Básica Colombiana, 1997.
- Kalmanovitz, Salomón. "Postcripto. El inicio turbulento del siglo XXI" en *Economía y nación*, Bogotá, Norma, 2003, pp. 571-592.
- "Las instituciones" en *Colombia en el siglo XX*, Bogotá, sf, pp. 64-66.
- Leal Buitrago, Francisco. "Formación nacional y proyectos políticos de la clase dominante en el siglo XIX" en *Estado y política en Colombia*, México, Siglo XXI, 1984, pp. 92-135.
- "El sistema político del clientelismo" en AAVV. *Democracia y sistema político*, Bogotá, IEPRI, 2003, pp. 63-140.
- León Valencia. "El 'narc-déco', inadvertida revolución cultural" en *El Tiempo*, Bogotá, mayo 3 de 2008.
- López, Andrés. "Nacimiento del narcotráfico y su máximo exponente: Pablo Escobar", "Los Pepes" y "Llora Andrés" en *El cartel de los sapos*, Bogotá, Planeta, 2008, pp. 7-26.

- López de la Roche, Fabio. *Izquierdas y cultura política*, Bogotá, Cinep, 1994, pp. 305-314.
- Martz, John. "Elementos de la vida nacional" en *Colombia un estudio de política contemporánea*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1969.
- Medina, Carlos. "El narco-paramilitarismo. Lógicas y procesos en el desarrollo de un capitalismo criminal" en *Capitalismo Criminal*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2008, pp. 103-142.
- Molano, Alfredo. "Cultura mafiosa" en *El Espectador*, Bogotá, marzo 28 de 2008.
- Mosca, Gaetano. *¿Qué es la mafia?*, México, FCE, 2003.
- Orjuela, Luis Javier. "Estado, sociedad y régimen político en Colombia" en *La sociedad colombiana en los años noventa*, Bogotá, Uniandes-Ceso, 2005, pp. 72-86.
- Palacios, Marco. "El (des)encuentro de los colombianos con el liberalismo" en *Parábola del liberalismo*, Bogotá, Norma, 1999, pp. 143-236.
- "Violencias" en *De populistas, mandarines y violencias*, Bogotá, Planeta, 2001, pp. 159-216.
- "Legitimidad elusiva" en *Entre la legitimidad y la violencia*, Bogotá, Norma, 2003, pp. 237-288.
- Palacios, Marco y Frank Safford. "La violencia política en la segunda mitad del siglo XX" en *Colombia, país fragmentado, sociedad dividida*, Bogotá, Norma, 2002, pp. 629-678.
- Pecault, Daniel. "Crisis y construcción de lo público" en *Violencia política en Colombia*, Medellín, Hombre Nuevos, 2003, pp. 135-161.
- Pizarro Leongómez, Eduardo. "La erosión progresiva del Estado, la economía y el tejido social" en *Una democracia asediada*, Bogotá, Norma, 2004, pp. 203-254.
- Restrepo, Gabriel. "Sobre la esfinge y el ladino" en *VVAA, Arte y cultura democrática*, Bogotá, Fundación Luis Carlos Galán, 1994, pp. 157-248.
- Revista Cambio*. "4 billones pierde el país cada año por corrupción", Bogotá DC, octubre 1 al 7 de 2009.
- Revista Semana*, "A los colombianos se nos corrió la frontera moral" en Bogotá, marzo 31 de 2008.
- Samper, María Elvira. "Cambiar el "chip" en *Revista Cambio*, Bogotá, septiembre 17 de 2008.
- Spitaleta, Reinaldo. "Una (In)cultura mafiosa" en *El Espectador*, Bogotá, septiembre 23 de 2008.
- Urrego, Miguel Ángel. "Un estado nacional inconcluso y en crisis" en *La crisis del Estado nacional en Colombia*, Morelia, Universidad Michoacana de Hidalgo, 2004, pp. 63-100.
- Yunis, Emilio. "Sobre la formación de la mentalidad del colombiano" en *Porqué somos así*, Bogotá, Témis, 2003, pp. 103-138.

FECHA DE RECEPCIÓN: 6 DE ABRIL DE 2010
 FECHA DE EVALUACIÓN: 5 DE JULIO DE 2010